

## Domingo IX del TO Ciclo B



2 de junio de 2024

Dt 5, 12-15

Sal 80

2Cor 4, 6-11

Mc 2,23-3,6

P. Eduardo Suanzes, msps

En el evangelio de hoy se nos presentan dos anécdotas de Jesús que tiene lugar en sábado. El sábado era una de las instituciones principales de la religión judía. Su observancia está inspirada en los pasajes de la Creación, pues en tal día Dios descansó de su obra creadora. Así debían hacer también las gentes de su pueblo. La introducción de un día de descanso semanal era algo insólito en la antigüedad, y se adelantó varios siglos a lo que la Edad Moderna consagraría después.

Pero los fariseos, a lo largo del tiempo, habían complicado desmesuradamente la observancia del precepto, enredándolo en una maraña de distinciones y casos particulares. Se distinguían, por ejemplo, 39 clases de trabajos prohibidos en sábado, que, a su vez, se subdividían cada uno en otros 39, hasta dar un total de 1.521 trabajos prohibidos. Entre los 39 principales se encontraba la siega, a la que asimilaban el arrancar espigas, como es el caso del episodio del Evangelio. Es decir, que, al llegar al tiempo de Jesús, el sábado fariseo, en vez de expresar la vida, la inhibía; en lugar de ser medio para evitar la alienación del trabajador, se había convertido en su instrumento; no era expresión de libertad, sino de sometimiento; no era fiesta, sino constricción<sup>1</sup>. Y su cumplimiento era estricto y vigilado.

Los fariseos al ver que los discípulos de Jesús están violando el sábado, no se dirigen a ellos, sino que hacen responsable a Jesús del modo de actuar de éstos y esperan que use su autoridad para poner coto al abuso. Jesús aparece, para ellos, como un maestro que no vela por el cumplimiento de la Ley ni reprocha su transgresión.

Como hemos oído en la lectura del Evangelio, Jesús les responde con un episodio que le pasó a David<sup>2</sup> en el que pidió al sumo sacerdote Abiatar algo de comer para él y los suyos, y el sacerdote le dio las doce roscas colocadas en el santuario, que estaban reservadas exclusivamente para los sacerdotes, quienes debían comerlas en sábado. Jesús concluye que *«el sábado es para el hombre y no el hombre para el sábado»*. Lo que acaba de hacer Jesús es poner al ser humano y sus necesidades por encima de la Ley, de cualquier Ley (y el sábado era la norma más característica y fundamental del judaísmo). ***Jesús nos está enseñando que el honor de Dios no puede pasar nunca por encima de la necesidad del hombre. Si así lo concebimos que algo estamos procesando mal de la ley de Dios.***

Seguimos en sábado (día del Señor) y entramos en la sinagoga (casa del Señor). El sentido religioso de la escena es radical. Se nos va a hablar del ser de Dios.

---

<sup>1</sup> Cfr. Cfr. JUAN MATEOS—FERNANDO CAMACHO. *El Evangelio de Marcos. Análisis lingüístico y comentario exegético. Vol. I.* Ed. El Almendro. Córdoba, 1993

<sup>2</sup> Cfr. 1 Sm 2,1-7

Los que controlan la Ley y su aplicación, los señores de las normas, vigilan. Son los garantes de lo «políticamente conector», de que todo esté en su sitio. Pero la parálisis de la mano de ese hombre rompe «lo correcto». Que Marcos diga de un hombre que tiene la mano paralizada quiere decir que es un **hombre incompleto** en cuanto persona, pues no puede actuar, trabajar, valerse por sí mismo. Es, pues, un postrado, un no-hombre, un desgraciado sin autonomía propia. Según la Ley o la tradición este mal le habrá venido por sus pecados. Allí está y así tiene que seguir. Los que acechan no lo hacen para procurar el bien de ese hombre, sino para ver si se rompe el orden establecido (en este caso la Ley del sábado).

Este hombre tullido es símbolo de tantos y tantos **seres incapacitados o reducidos** en cualquier sociedad y época. Es un símbolo de alguien sin-ser-persona, o a quien se le niega su propia dignidad. Es el típico perdedor de nuestra cultura, al que se le dice: «tú no cuentas»

Y Jesús le dice: «*ponte ahí en medio*». Eso significa poner en primera página a los que no aparecen nunca en ninguna página de los periódicos, ni tampoco en el periódico particular de nuestro corazón. Jesús nos pone ante la vista (la vista conecta con nuestro corazón) la necesidad humana, la incapacidad, la postración, el des-amor. Jesús nos indica cuál ha de ser el «punto focal» de la persona, adonde dirige su mirada interna y sus intenciones de actuación. Es muy importante discernir cuál es mi centro, o a quién pongo yo en mi centro, en mi punto focal de interés, pues ello define a mi persona y desde dónde «miro». Es una llamada de Jesús para que dejemos de observar solo a los de nuestro nivel o entorno y centremos también nuestra atención en quienes no solemos fijarnos porque no están en nuestro centro. Es una invitación para cambiar nuestra forma de mirar.

Al preguntarles Jesús si hay que dar la vida en sábado o dejar a un hombre morir, ellos no contestan, con lo que se llena de ira, de indignación, pero también de tristeza. De ira e indignación porque ama al ser humano, especialmente al abatido, pero también de tristeza, porque ama del mismo modo a los fariseos.

La pena indica que Jesús no se convierte en verdugo justiciero, no se dirige a los que consienten o «pasan» del sufrimiento ajeno para castigarles, hacerles daño, hacerles sufrir también a ellos. Sería una terrible incongruencia. Quien está contra el sufrimiento debe estar contra «**todo sufrimiento**». Este ha sido el drama histórico de casi todos los movimientos revolucionarios: acabar con el sufrimiento de unos (los dominados) causando el sufrimiento de otros (los dominadores). La historia se ha escrito así. Y así nos va.

El inválido extiende el brazo ejecutando la orden de Jesús, fiándose de él, con lo que demuestra su curación. El brazo que carecía de vida puede moverlo ahora a voluntad. Su situación, que parecía irreversible («atrofiado/seco»), desaparece al depositar la confianza en Jesús.